pavorosa laguna, que hemos sondeado en su alma. Vuelvo á repetirlo: en mi larga carrera, jamás he visto cosa que más me admirase y me dejase más intranquilo por su porvenir de usted.

«Lo que me hace concebir algún rayo de esperanza es la docilidad que en usted observo, la confianza, la firme y hasta hoy fidelísima resolución de guardar el reglamento y de manifestar á los que lo dirigen no solamente las faltas, sino los dsfectos, las altiveces, los contrastes, las inconsecuencias de su corazón, tal y como se los ha dado á conocer seria y dolorosamente la experiencia.»

Pero dejémonos de pormenores; y vamos más derechos al fondo de las cosas; penetremos hasta la causa, hasta la raíz misma de los defectos.

CAPITULO X

Causa primordial de nuestros defectos: el pecado original; la triple concupiscencia.

Dejamos dicho que los defectos morales que hemos convenido en llamar *sobrenaturales*, principalísimamente tienen su raíz en el pecado original, y son por singular manera contrarios á las más especiales virtudes de la gracia; forman en nosotros algo así como una segunda naturaleza: ¡tan hondo están arraigados! Nadie se halla enteramente á salvo de sus tiros; corrompido como se halla el hombre en lo secreto de su naturaleza, es éste el mal más íntimo de nuestro ser moral.

A buen seguro que las luces que más copiosamente nos han de esclarecer en este punto, deberíannos venir de Aquél que mejor que nosotros conoce las profundidades de la humana naturaleza y toda su corrupción; y creo yo que no es de las menos contundentes pruebas de la divinidad de nuestras santas Escrituras la energía y la claridad y la profundidad con que nos revelan los vicios que son fuente manantial de todos los otros. Allí se admira el ojo de Dios, sondeando con penetrante mirada la naturaleza humana, y manifestando al hombre todo lo que hay de más íntimo y

escondido en su mezquino, á la par que inmenso corazón.

Esto supuesto, oigamos lo que dice á este propósito San Juan Evangelista: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ.*

Tres palabras, que son la más completa explicación del fondo de las cosas humanas. La filosofía antigua, en sus más sabios y sentenciosos aforismos, no pronunció sobre la presente cuestión sentencia que en profundidad iguale á este solo versículo de San Juan. Sin la luz de estas palabras, el mundo moral, la humanidad entera, es un enigma.

Todos los males de la humana naturaleza manan de estas tres envenenadas fuentes: empero hay una entre ellas que se puede mirar como el manantial más fecundo del que todos toman su ponzoñoso caudal: es el orgullo, *superbia vitæ*, Efectivamente: fuera de los numerosos y horribles hijos que le reconocen por su única madre, es también, si se lo mira de cerca, origen de los otros dos malos principios arriba mencionados. La misma Escritura Santa enseña en otro pasaje esta triste y misteriosa unidad de viciosos principios que en nosotros existen. *Initium omnis peccati, superbia.*

Mas como para referir todos nuestros males al orgullo, es menester atentísima reflexión é indagación á veces dificilísima, la explícita enumeración hecha por San Juan de los tres principios engendradores de todo mal en nosotros, *orgullo, sensualidad y codicia*, es más propia para hacernos comprender á todos la manera como nacen esos defectos y vicios, apostemas de la humanidad.

¡Cosa dignísima de reflexión! estas tres profundas palabras en que resume el Evangelista, todo el mal del corazón humano, dirígelas á los jóvenes, más aún, á los niños, no menos que á los hombres ya formados: porque esta concupiscencia existe en los niños y en los adultos, y en los jóvenes tanto como en los hombres maduros; porque los niños y los jóvenes son los hombres del porvenir; porque en la infancia y en la juventud está como en germen toda la vida, y porque ahí, en esos corazones jóvenes, están las semillas de todo lo que debe brotar y aparecer más tarde con suave colorido ó con desapacible y fatídico fulgor. En esta primera edad es, por lo tanto, cuando urge combatir la triple concupiscencia, so pena de verla echar más adelante brotes vigorosos y espantables.

Toda la vida hay que luchar contra ella: y á esta empresa convida San Juan á todas las edades, á los padres y á los hijos, á los maestros lo mismo que á los discípulos, á los jóvenes igual que á los ancianos, á los adolescentes y aun á los niños. A todos se dirige, á ninguno exceptúa: á los padres les dice, *scribo vobis, patres;* á los jóvenes, á los adolescentes, á los niños, *vobis, juvenes, adolescentes, infantes.* Y el mismo San Juan da la razón de este especial llamamiento que á la juventud dirige: porque es edad de generosos ardores, de valerosas peleas. *Scribo vobis, adolescentes, quia vicistis malignum*: jóvenes, os escribo porque vencisteis al maligno y al mal; *scribo vobis, juvenes, quia fortes estis:* jóvenes, á vosotros os escribo porque sois valientes.

Sí; á pesar de la flaqueza de su edad, es fuerte la juventud cristiana; tiene en sí misma un divino manantial de fuerza y de virtud: ¿cuál es? Nos lo dice el Apóstol: *Et Verbum Dei manet in vobis*: es que en

vosotros mora el Verbo de Dios; ahí tenéis por qué es fuerte la juventud cristiana; porque en sí tiene el Verbo, la palabra de Dios, las reveladoras é inspiradoras claridades de la fe; y, por medio de estas divinas virtudes, triunfa del maligno, *et vicistis malignum.*

Vosotros, pues, los que tenéis á cargo educar las generaciones jóvenes, y que también lleváis en vosotros al Verbo de Dios, la fuerza sobrenatural de la fe y de la gracia, invitad á la juventud cristiana, y guiadla á santas lides, á la lucha contra el maligno, contra el mal, contra las tres concupiscencias; porque todo el éxito de la Educación depende de ahí.

Ya lo he dicho, y ahora torno á repetirlo: Quienquiera que desconozca que en la grandiosa obra de la Educación, lucha contra la triple concupiscencia, no sabe nada, no hace nada.

Y, para concluir, los principios de Educación se hermanan con la más pura moral cristiana, que señala siempre á estas tres concupiscencias como eterno enemigo del alma y de la salvación; y enseña que sin cesar es menester mortificarlas, crucificarlas, clavarlas á los tres brazos del santo madero, donde expiró el Redentor. Vese, además, que la importantísima enseñanza de la cristiana mortificación, que constituye la base de la moral medicinal del Evangelio, es tambien como el nervio de toda verdadera y sólida Educación: viniéndose á cumplir aquí á maravilla la palabra de San Pablo: *Pietas ad omnia utilis est*, la piedad, para todo es útil.

Por eso en casas de Educación cristiana se da tanta importancia á la piedad.

Entremos en pormenores sobre este doloroso y trascendental asunto.

CAPÍTULO XI

El orgullo, «superbia vitæ,» primer principio de nuestros defectos.

I

EL ORGULLO: SU NATURALEZA

El orgullo, primero y más fecundo entre los pecados capitales, ocupa triste y principal lugar en la vida humana. No hay vicio que más lejos extienda su dominio. Hállase en todos los hombres, en todas las edades, en todas las condiciones de la vida. Se mezcla en todo, lo invade todo: es el mal universal. «Este vicio, dice admirablemente Bossuet, es el que se inoculó en el fondo de nuestras entrañas, á la voz de la serpiente que al oído nos bisbisaba en la persona de nuestra madre Eva, aquel: *Seréis como dioses, eritis sicut dii.* Todos hemos tragado este mortal veneno. Ha penetrado hasta el tuétano de nuestros huesos, y no hay alma que no esté inficionada de él (1).»

Ésta es también la tentación propia de toda criatura. Exaltarse, embriagarse de su propia excelencia,

---

(1) *Traité de la concupiscence*, chap. 10.